

Las ensoñaciones de un discurso nacionalista: *la intelligentsia franquista a examen*

ALVARO FERRARY
Universidad de Navarra

RESUMEN.—El franquismo pertenece a un universo mental que hoy nos resulta completamente extraño. Sus claves estructurantes no siempre son evidentes a primera vista. La tarea de distinguir las diversas sintonías que conformaron su unidad es en ocasiones dificultosa. Tendemos a interpretar en términos de realidad monolítica lo que en el fondo dio vida a un conjunto amplio de posturas y sensibilidades diversas o potencialmente contradictorias.

Esas divisorias de sensibilidades se nos muestran particularmente visibles entre aquellos miembros del *establishment* franquista que se consideraron a sí mismos la representación más activa y prometedora de su élite, ello en razón de sentirse en posesión de un legado espiritual trascendente al que su condición de hombres de cultura —por lo menos de hombres de cultura nacional— les habría brindado acceso.

El hecho que entre los miembros de aquella pretendida *intelligentsia* franquista se dibujara una clara línea divisoria —más aperturistas unos más integristas otros, abiertos a la corriente cultural modernizadora española unos y enquistados en la herencia ideológica contrarrevolucionaria otros— nos brinda espacio para hablar de la existencia en su seno de una izquierda y de una derecha en términos relativos.

ABSTRACT.—The mental universe where Francoism is inserted it seems nowadays to belong to the most remote past. Its basic keywords are not easily evident at first glance. It is sometimes a hard enterprise to try to discern the various elements which conform the unity of that régime. What we take as a monolithic reality, occasionally gave birth to a set of different and potentially conflictive attitudes and sensibilities. This is especially perceptible when our attention is focused on the new Francoist establishment, particularly among those of its members who interpreted themselves in terms of a cultural élite and accordingly claimed for themselves a superior status.

The fact that a separating line can be drawn between those among the members of this nationalist *intelligentsia* who —in their effort to modernize their nationalist concepts— parted company with the counter-revolutionary tradition and those who stayed firm in that legacy, opens the question of the existence of fairly distincted Francoist cultural left and a cultural right, both right and left obviously in a relative sense.

I

Nunca se podrá insistir bastante en la fractura que en nuestra historia contemporánea produjo el estallido de la guerra civil ni en los devastadores efectos que causó en todos los planos de la vida española. Tampoco en el papel multiplicador de esos efectos que ejerció un régimen obstinado en mantener abiertas las heridas producidas por la guerra. Y es que si fue la guerra, y su desenlace final, lo que dio origen al franquismo, nunca está de más recordar que sin su estallido posiblemente no hubieran tenido lugar muchas de las peculiares combinaciones –y a veces raras alquimias– que le sirvieron de sustento (y que incluso se reflejan en la forma como en ocasiones se articuló la misma contestación al sistema). La guerra española destiló unos efectos fuertemente negativos en numerosas trayectorias personales. En gran medida adquirió un fuerte efecto dislocador de no pocas biografías, que adoptaron a causa de ella unas decantaciones personales a veces absolutamente inesperadas. Actuó como catalizador de actitudes defensivas que favorecieron el encastillamiento y la *bunkerización* de muchos sectores de la sociedad española, impidiéndose o retrasándose el tránsito de la vida española hacia posiciones mucho más plácidas y constructivas.

El régimen de Franco se benefició de un cierto consenso nacional. Dicho consenso se basó en buena parte en los miedos y en las aprensiones, en el temor a los fantasmas de la guerra. Fue un consenso altamente paralizante, que se mantuvo operativo mientras el recuerdo aún vivo de la guerra pudo proyectar sobre amplios sectores de la sociedad española un fuerte sentimiento de angustia colectiva. Al franquismo –y he ahí una de las más importantes objeciones que siempre se le podrán dirigir– le faltó la voluntad (en realidad le faltaron deseos) de laborar en pro de la reconciliación de los españoles. Optó por dejar permanentemente abierta la herida causada por la guerra. En ello pareció justificar su virtud, en ello trató de encontrar su legitimidad. Pero también provino de ello su inexorable envejecimiento. Una vez superado ese estado de depresión, ese mismo régimen dejó de tener sentido ante una creciente mayoría de los españoles. Mucho antes de su desaparición formal el franquismo se había convertido en una reliquia histórica, producto de unas circunstancias –trágicas– que habían perdido toda su vigencia, pertrechado de unos símbolos y dotado de un lenguaje oficial que apenas ya resultaba comprensible para un nuevo auditorio.

Las anteriores reflexiones ayudan –a mi juicio– a hacer entender una afirmación que, aunque hoy en día está ya muy asumida entre los historiadores dedicados al estudio del franquismo, quizás todavía no ha llegado a calar lo suficiente entre el público en general: la unidad del franquismo no fue siempre el resultado de una imposición sino que sobre todo fue el resultante de un ambiente de enorme turbación. Consecuentemente, esa unidad adquirió también un perfil mucho menos uniforme y neto de lo que con alguna frecuencia se ha podido creer. Dicho de otra forma: la realidad política española de entonces se vio afectada, ya desde los mismos inicios del régimen, por un potencial conflictual mucho más acusado de lo que a veces se piensa. Alejándonos de la imagen del páramo, el mundo interno del franquismo se nos aparece como algo mucho más complejo, mucho más abigarrado, y mucho menos inane o anodino de lo que a primera instancia pudiera pensarse. Otra cosa muy distinta es que la determinación de sus contornos, de los planos y de las entonaciones donde esa realidad conflictual se nos hace visible, no siempre sea una empresa sencilla.

El carácter generalmente opaco del franquismo fue –ciertamente– producto de las condiciones externas inherentes a un régimen como aquél, de naturaleza notoriamente autoritaria e inspirado en una fuerte concepción castrense tanto del mando como de la forma de administrarlo. El conflicto, aún existente –o, mejor, cuando existió–, tendió permanentemente a expresarse de manera soterrada. Se evitó siempre que adquiriese una dimensión social. La realidad conflictual del franquismo, con sus claros tintes aúlicos y elitistas, exige una minuciosa labor de introspección de la vida política de la época. Esta se ve dificultada por dos hechos: 1º por la propia naturaleza privada –y casi diríamos que confidencial– de una información frecuentemente contenida o en archivos personales de difícil acceso o en unos libros de memorias y de testimonios personales de –en no pocas ocasiones– escasa fiabilidad. 2º por el lenguaje críptico, indirecto y elíptico en el que dichas manifestaciones se expresaron cuando adquirieron alguna dimensión pública.

Y es que el franquismo se encuentra inserto en un universo mental, en unos prejuicios culturales, que hoy nos resultan completamente extraños. Las claves que estructuran su mundo interior –y explican sus luchas y sus conflictos internos– no siempre son evidentes a primera vista. De ahí que la tarea de distinguir las diversas sintonías que conformaron su unidad sea tan dificultosa, y que en ocasiones tendamos a interpretar en términos de realidad monolítica lo que en el fondo dio vida a un conjunto amplio de posturas y sensibilidades diversas o potencialmente contradictorias.

II

Una manifestación clara de lo que he tratado de expresar en las líneas que preceden la tenemos en la polémica que en ciertos ambientes oficiales del régimen se desató a la altura del año 1949, y cuyos precedentes hemos de situarlos mucho más atrás, antes incluso del mismo estallido del conflicto fratricida de julio de 1936. Lo que sorprende en dicho incidente (que, como esperamos poder aclarar suficientemente, se trató de algo de mucho más calado que un mero incidente) es el contraste que parece existir entre la cuestión que se debatió y la pasión –y a veces incluso acritud– con la que los diversos argumentos fueron esgrimidos. Lo que a primera vista –y a ojos actuales– no resulta más que un ejercicio de retórica, de juegos verbales completamente ajeno a la dura realidad española de la postguerra, fue en aquel entonces una polémica cargada de actualidad y dotada de un enorme potencial explosivo.

Esta se inició en el mes de abril del año 1949 con ocasión de la publicación del muy conocido libro de Pedro Laín Entralgo *España como problema*¹. La tesis formulada a lo largo de sus páginas no nos puede parecer hoy en día más inocua –por no decir más alejada de nuestros más inmediatos planos de interés–: la urgente necesidad de conciliar el tradicionalismo inactual español y su corriente progresista en una síntesis nacional superadora. El día 20 de abril aparecía en el diario *Arriba* un largo artículo firmado por Florentino Pérez Embid en el que se advertía a Laín de los grandes riesgos contenidos en un proyecto de esa naturaleza, pues de llevarse a efecto –se decía textualmente– *...estaremos de nuevo en camino... de la deprimente y monótona historia del XIX español: gue-*

1. Una descripción más detallada de esta polémica se puede encontrar en mi libro *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos 1936-1956*. Pamplona, EUNSA, 1993, 299-307.

rras civiles, matanzas y amnistías, para volver a comenzar el ciclo sangriento. Cuatro días más tarde Pérez Embid volvía a echar mano de las páginas de *Arriba* para desarrollar con mayor profusión las ideas que acababa de exponer, llegando a afirmar que únicamente *...de la conciencia histórica y de las virtudes humanas de los católicos depende en gran parte el futuro de la cultura...* A lo que añadía: *...el único problema está en que la nueva actualización cultural se logre sin contemplaciones ...sin que la debilidad de los cristianos les lleve a entretenerse con medias tintas y a pactar con las ideas destructoras, aceptando prácticamente el liberalismo y la sistemática injusticia del capitalismo...* En junio tenía lugar la primera intervención en la polémica de Calvo Serer desde las páginas de la revista *Arbor*. Calvo no dudaba en rubricar las palabras de su amigo y compañero de empresas culturales Pérez Embid. Para él hacía ya tiempo que había dejado de tener todo sentido referirse a un supuesto problema de España, toda vez que los principios esenciales de una política española habían quedado ya definitivamente perfilados en la obra de Marcelino Menéndez Pelayo. Dicha política —esgrimía Calvo— se resumía en un único programa que sólo había que empezar a aplicar: la unidad católica frente a las nuevas doctrinas traídas por el siglo XX y la doctrina política de la tradición española. O más explícitamente: *...monarquía no cortesana, sino tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada.*

El día 20 de julio, con firmezas renovadas, Pérez Embid volvía de nuevo a la carga. La única actitud razonablemente constructiva ante los principios ideológicos del régimen —sostenía— pasaba de forma ineludible por el abandono de ciertas actitudes críticas ya superadas. Para el por entonces secretario de la revista *Arbor*, Pedro Laín, al esgrimir un planteamiento integrador ante dos supuestas tradiciones nacionales, estaba demostrando no haber reparado en que la guerra había sellado el triunfo de un orden cultural completo y único, de modo que desde julio del 36 en el terreno de los principios sólo existía una única España posible, una única válida tradición nacional. La polémica continuó desarrollándose a lo largo de los meses siguientes, llegando sus últimos coletazos hasta bien entrado el año siguiente². Aun así, no puede en realidad llegar a hablarse de una ruptura radical entre estas dos posturas a pesar de sus notables divergencias. Todavía existían importantes elementos en común, concretamente la pretendida ortodoxia nacional y católica de sus respectivos planteamientos y, desde luego también, el deseo de servir de instrumento al servicio de la unidad ideológica del régimen.

Los elementos de continuidad entre las dos posturas de aquella polémica a veces resultaron ser tan significativos al menos como lo eran sus diferencias. Resulta palpable que nos enfrentamos con la manifestación de unas mismas *inquietudes españolas* que inciden en una identidad temática matizada —eso sí— por unas valoraciones discrepantes del presente y por unas sensibilidades diferentes ante el futuro de un país en cuyo nombre tanto unos como otros no dudan jamás en pronunciarse. Partir de ese común nexo temático para inscribir al conjunto en una misma órbita ideológica nacional-católica (como hace el historiador italiano Alfonso Botti³) me parece inadecuado, en la medida que —a mi juicio— no valora en toda su amplitud las enormes diferencias de sensibilidades que separaron a los dos contendientes.

2. Dicha polémica concluiría a principios de 1951 en un interesante intercambio epistolar entre Pérez Embid y Manuel Giménez Fernández. *Ibid.*

3. Botti, A., *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España*. Madrid, Alianza, 1992.

III

No es el momento ni el lugar adecuado para desarrollar la amplia –y a la vez compleja– cuestión de la afloración del nacionalismo y del sentimiento nacional moderno en España⁴. Sí nos interesa recalcar un hecho no por ampliamente conocido menos significativo tanto en sí mismo como en relación con las páginas que ahora estamos escribiendo. Al igual que en otros países europeos –en esto, como en tantas otras cosas, España no es una excepción–, surge con una clara impronta liberal. El debate de las Españas –que, como sabemos, de ninguna manera pertenece al franquismo– forma parte de la gran reflexión nacional aparecida al hilo de la crisis de conciencia de fines de siglo. Si ese es su punto de partida, también hemos de establecer en esos momentos su constante punto de referencia y su variada fuente de inspiración temática. Tampoco en el siempre muy sensible ámbito del debate cultural el franquismo pudo romper del todo los lazos con el mundo anterior.

La ironía de la historia surge en este punto cuando se advierte hasta qué extremo los temas matrices que vertebran el discurso cultural oficialmente imperante en el franquismo –al menos durante sus dos primeras décadas– proceden de una misma tradición cultural de cuño –o de origen– liberal, por mucho que ésta políticamente nunca fuese unívoca⁵. En consonancia con lo que puede afirmarse en referencia al caso –pongamos por ejemplo– francés, el *fin-de siècle* español representa una época de gran mutación política y, sobre todo, cultural. En algún sentido se podría incluso afirmar que es por aquellos años cuando España, por primera vez en mucho tiempo, se ve afectada de manera sincrónica con otros países europeos occidentales por un profundo fenómeno de cambio y de renovación espiritual. Al igual de lo que muy poco antes había sucedido en Francia, en nuestro país también se perciben los regustos amargos, y fétidos a la vez, de la amputación territorial y de la sensación de decadencia. Si durante el XIX la España liberal –en claro contraste, esta vez, con Francia–, no había sido apenas capaz de crear un campo de cultivo que permitiera aflorar un fuerte sentimiento patriótico (el breve y poco consistente ensayo de O'Donnell y su política de prestigio actúa más como confirmación que como negación de lo que decimos), en cambio a fines de centuria se muestra enormemente receptiva ante el cambio de paisaje intelectual que supone la irrupción de las nuevas concepciones nacionales.

Es en torno a ese nuevo flujo cultural, cuajado de nuevos temas y nutrido también de nuevos fervores, cuando –en clara sintonía con lo sucedido al norte de los Pirineos–, por vez primera una comunidad de escritores y de pensadores adquiere una consciencia específica de sí misma y de su función social. Es por entonces, en suma, cuando en nuestra historia contemporánea alcanza verdadero sentido referirse a una *intelligentsia*⁶. La exis-

4. Fusi, J. P., *España. Autonomías*. Madrid, Espasa Calpe, 1989, V, pp. 13-40; Mainer, J.-C., *La doma de la quimera (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*. Barcelona, Universitat Autònoma, 1988.

5. Cacho Viu, V., «La imagen de las dos Españas», *Revista de Occidente*, 60, pp. 49-77.

6. Marichal, J., «La generación de los intelectuales y la política», Abellán, José Luis et al., *La crisis de fin de siglo: estudios en memoria de R. Pérez de la Dehesa*. Barcelona, Ariel, 1975, pp. 25-41; Fox, I. E., *La crisis intelectual del 98*. Madrid, Edicusa, 1976.

tencia de una correspondencia entre esa nueva temática nacionalista y la intelectualidad liberal española de primeros del XX no parece ofrecer dudas.

A partir de 1900 una misma percepción hondamente cultural de la unidad nacional embarga a la intelectualidad española. Por encima de sus naturales diferencias de edades, talantes o incluso preferencias políticas concretas la preocupación por el ser de España se convierte –y lo hará durante bastantes décadas– en el principal elemento estructurante de nuestra comunidad intelectual contemporánea. Un mismo sentimiento de regeneración moral de la vida española, una misma temática de la decadencia y una misma introspección reflexiva –una misma pasión por España, en definitiva– conectan a un Miguel de Unamuno, a un Azorín o a un Baroja con un Marañón, un Ortega, o un Azaña. Pero también a cada uno de estos representantes de la generación del 98 y de la generación del 14 respectivamente con los de las generaciones posteriores del 27 e incluso con los de la cismática generación del 36.

A este nuevo patriotismo nacional surgido a fines de siglo debe la cultura española sus más destacadas líneas de continuidad durante más de medio siglo. La fragmentada proyección política que se derivará de ese nuevo sentimiento de unidad, así como su influencia en la aparición de una nueva derecha declaradamente anti-liberal –o su misma manifestación en unos nuevos nacionalismos periféricos marcadamente *anti-nacionales*–, nos demuestra hasta qué punto nos estamos refiriendo a un nuevo clima cultural de carácter hegemónico que, si –por un lado– adquiere sus primeras manifestaciones entre unos intelectuales que políticamente representan a la izquierda, enseguida se hará patente también en los escritos y en los pronunciamientos de hombres vinculados a la derecha o –como demuestran los casos de Vázquez de Mella y de Víctor Pradera– a la derecha tradicionalista⁷.

Que en la España de la primera mitad del siglo XX se puedan llegar a percibir evidentes continuidades temáticas y lingüísticas tanto en la derecha como en la izquierda –y que ello nos lleve a referirnos a la existencia de un clima cultural común y homogéneo–, no debe llevarnos a pensar que la brecha que las separaba se hubiese acortado o que tendiera a difuminarse. A las izquierdas y a las derechas les seguía separando una cultura política divergente, cuestión –esta última– que se veía particularmente complicada por la especial incidencia de la cuestión religiosa en la política española. A pesar de haber germinado entre los miembros de la *intelligentsia* liberal española un nuevo estado de conciencia proclive a las terapias de corte colectivo –manifiestas en el entusiasmo con el que asumieron la tarea de nacionalizar España– este sentimiento –cuando se dio– no pasó de plantearse en un plano eminentemente ético y moral que, en todo caso, les condujo a enfrascarse aún con más fuerza en la tarea de reducir el influjo social de la España clerical o bien a apreciar las enormes potencialidades nacionales contenidas en una suerte de socialismo no marxista⁸. El permanente compromiso de los intelectuales con el parlamentarismo evidencia –no obstante– que éstos siguieron identificándose en todo momento con una cultura política racionalista, liberal y democrática.

7. Avilés, J. y Tusell, J., *La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo*. Madrid, Espasa Calpe, 1986, pp. 161-218.

8. Fox, I. E., *Liberalismo y socialismo*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984; Ortega y Gasset, J., «La pedagogía social como programa político», *Obras Completas*. Madrid, Revista de Occidente, 1966, V, pp. 503-531.

Algo similar se puede afirmar en relación con la derecha. Por mucho que sea posible referirse en el siglo XX a una derecha en proceso de transformación, o incluso de renovación, por mucho que pronto advirtamos evidentes signos de modernización tanto en su discurso político como en sus formas de representación, el peso del elemento religioso del derechismo español lo vinculará a una cultura política basada en el rechazo de los valores comúnmente asociados a la revolución liberal: el racionalismo, el individualismo, el utilitarismo y, en definitiva, el parlamentarismo.

Estas dos tradiciones políticas –que mantuvieron a lo largo del XIX entre sí una constante relación conflictiva– continuarán dominando el panorama español del siglo XX al menos durante su primer tercio, contribuyendo eficazmente a justificar la percepción existente acerca de la manifestación de dos Españas –una España liberal y laica y otra católica y tradicional– antagónicas entre sí. En ese sentido, en las condiciones específicas españolas, la recepción tanto en la izquierda como en la derecha de una común temática cultural nacionalista no tiene los mismos efectos que –según el historiador israelí Zeev Sternhell– se llegaron a evidenciar en Francia con el surgimiento de una cultura política alternativa situada por encima e *independientemente de la famosa dicotomía de izquierda y derecha*⁹.

En España había de cambiar extraordinariamente el panorama antes de ni siquiera pensarse en superar estas dos tradiciones divergentes en una única síntesis pretendidamente superadora. Una eventualidad de esa índole –no obstante– en algún momento pudo parecer factible. Aunque se trató en todo momento de una posibilidad muy precaria –y siempre muy condicionada por la extensión de un estado de agitación y turbación espiritual general que llevaría directamente al estallido de la guerra civil–, esto no hubiese podido ni tan siquiera formularse en el caso de que de la cultura española precedente no se hubiera apoderado un sentimiento de colectividad nacional convertido en valor dominante y obligado punto de referencia.

Al igual que expresa el ejemplo francés, es a tenor de esa modificación temática y transformación cultural que se experimenta en el fin de siglo –y que cristaliza en lo que Raoul Girardet denominó *une nouvelle forme de nationalisme*¹⁰–, cuando se inicia también en España un proceso de actualización del pensamiento tradicionalista¹¹. Ya hemos hecho mención a las nuevas tonalidades que en torno a los años 1916-1919 experimenta el discurso de Mella y de Pradera, de los que ni mucho menos quedarán tampoco al margen el ideario que asumirá la por entonces aparecida juventud maurista¹². Es indudable –por otro lado– que, detrás de ese nuevo vocabulario (que enseguida se hará patente –como recuerda Juan Pablo Fusi¹³– en amplias capas de la derecha tradicional: en parte del pensamiento católico, en las páginas del *ABC* y *El Debate*, en los intelectuales orgánicos de la Dictadura de Miguel Primo de Rivera, entre los oficiales jóvenes del ejército, par-

9. Sternhell, Z., «The political culture of nationalism», Tombs, R., *Nationhood and Nationalism in France*. Cambridge, Harper Collins, 1991, p. 22.

10. Girardet, R., *Le nationalisme français 1871-1914*. París, Armand Colin, 1966, p. 16.

11. Redondo, G., *Historia de la Iglesia en España. La Segunda República (1931-1936)*. Madrid, Rialp, 1993, I, pp. 251-265.

12. González Hernández, M^a Jesús, *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*. Madrid, Siglo XXI, 1990.

13. Fusi, *op. cit.* p. 30.

ticularmente del de Marruecos), persisten los viejos prejuicios constitutivos del universo mental de la derecha: la acentuación de los principios de autoridad y de orden frente a la anarquía y al tráfigo del individualismo liberal.

Pero no será hasta el advenimiento de la IIª República cuando ese proceso de renovación nacionalista de la derecha alcance su culminación. El papel estelar en este proceso lo ocupó el quincenario *Acción Española*, que vio la luz por primera vez el 15 de diciembre de 1931, dos meses después de haberse constituido la sociedad cultural –del mismo nombre– que serviría a esta revista de lanzadera intelectual. La importancia del fermento maurrasiano –y de su principal órgano de expresión, la revista *Action Française*– en la puesta en marcha de esta iniciativa resulta obvia, además de ser algo muy conocido. Sus dos personalidades más destacadas –en lo que más que una revista fue todo un movimiento cultural del que el franquismo extraería buena parte de su soporte intelectual– fueron Eugenio Vegas Latapié –el organizador incansable de la empresa– y Ramiro de Maeztu –su principal faro intelectual–. *Acción Española*, que reuniría a lo más granado del pensamiento neo-tradicionalista español, supo llevar a término –como treinta años antes Charles Maurras en Francia– una elaboración doctrinal compleja basada en una síntesis original y nueva del positivismo comtiano, la herencia contrarrevolucionaria de Bonald y de Joseph de Maistre, los principios políticos del tradicionalismo y la doctrina social católica. Todo un material ensamblado por medio de un discurso acentuadamente nacionalista y un lenguaje crecientemente radical. En sus inspiraciones, así como en sus afirmaciones de españolidad integral, *Acción Española* fue siempre un órgano exclusivamente adscribible a la derecha: siempre halló sus signos de identidad en la explícita confesionalidad católica de sus posiciones y nunca trató de modificar los principios de autoridad y de orden que daban sustento a su cultura política.

Aunque es a raíz de la aparición de *Acción Española* cuando el discurso nacionalista español en su versión conservadora se vincula a un sistema cerrado de creencias, no será sino una vez estallada la guerra –y en particular iniciada en la zona republicana la persecución religiosa– cuando estas nuevas ideas calen verdaderamente en amplios segmentos de la sociedad española –entre ellos prácticamente el conjunto de la jerarquía eclesiástica–, otorgando al franquismo una nada despreciable cobertura social que nunca por lo demás llegaría a perder del todo. No es un secreto –y así fue por otra parte frecuentemente interpretado por no pocos actores directos del drama¹⁴ que en la unidad creada en torno a Franco convivieron razones muy diversas, no siempre fácilmente conciliables entre sí; que la misma guerra y la crisis abierta que la precedió ejerció a este respecto un formidable efecto aglutinador de connotaciones negativas que difícilmente sin ella se hubiese llegado a producir. Pero no es menos cierto tampoco lo mucho que debió la formación y posterior evolución del campo franquista –y asimismo también el republicano– a la progresión experimentada a escala general del sentimiento de rechazo al parlamentarismo en los seis años que median entre la proclamación de la IIª República y la sublevación del ejército de Africa.

Las raíces del mencionado fenómeno de radicalización –que, como es ampliamente conocido, no es en absoluto ni peculiar ni inherente en exclusividad a la política españo-

14. Rodríguez Aisa, María Luisa, *El cardenal Gomá y la guerra de España. Aspectos de la gestión pública del Primado, 1936-1939*. Madrid, CSIC, 1981, p. 20.

la de los treinta— son ciertamente muy complejas y su explicación (a la que se le ha dedicado una amplísima literatura¹⁵) resulta asimismo muy intrincada. Aunque no privativa de ella, por lo general se trató de una actitud de ruptura ante la que se mostró particularmente sensible la juventud ilustrada tanto española en particular como europea en general. En nombre de la renovación ética, de esta actitud no fue ajeno un fuerte sentimiento de desencanto ante la incapacidad mostrada por los partidos tradicionales y por las prácticas electorales establecidas. Ello, en gran parte, fue resultado del contraste que parecía plantear una realidad política y social muy fraccionada con los anhelos de unidad presentes en el discurso fomentado desde fines de siglo por los intelectuales.

Unidad cultural española y renovación nacional *versus* fragmentación política y social, he aquí los dos elementos de un drama que angustió a toda una generación en busca de un modelo ético capaz de infundir en la vida colectiva de todos los españoles nuevas ansias de regeneración. A diferencia del mundo de *Acción Española* —donde el impacto del nuevo nacionalismo finisecular tuvo unas implicaciones fundadas esencialmente en un cambio de entonación que, sin embargo, no llegó a alterar de manera sustancial a una derecha afincada en una cultura política regida por los principios de orden y de autoridad—, los años treinta, con su parcial precedente en el *avantgardismo* esteticista de la década anterior, verá surgir también en España una nueva promoción de jóvenes *no conformistas*¹⁶. Por su formación e inspiración intelectuales, y por sus experiencias vitales inmediatamente anteriores a julio de 1936, pertenecían a la tradición cultural modernizadora española, de ahí que en principio resultara difícil que se avinieran a colaborar con un régimen prefigurador de la denostada España castiza y clerical. Sin embargo, al producirse el estallido de la guerra, no pocos de entre ellos apenas dudaron en encontrar su ámbito natural de militancia entre las armas nacionales, franquistas algún tiempo después. Aunque también es verdad que otros —tampoco escasos en número— experimentaron un proceso opuesto de radicalización que, además de alejarlos también del campo liberal, les llevaría a acentuar su viraje izquierdista. Esto último fue lo que convirtió a esta generación llamada del 36 —como ha afirmado Pedro Laín Entralgo al analizar los rasgos espirituales— en una *generación astillada* por la guerra¹⁷.

Aunque posiblemente se trate de una cuestión aún abierta determinar hasta qué punto esta generación manifestó estar dotada de unas perspectivas o de unas actitudes verdaderamente nuevas y originales, por mucho incluso que acaso hallemos menos signos comunes de identidad en su contribución a la especulación política o filosófica o a la creación literaria que en las generaciones que la precedieron, no por ello la del 36 contó con un horizonte espiritual menos definido. Al igual que sus equivalentes en otros países europeos de los años treinta, a sus integrantes les unió un común sentimiento de renovación nacional y una segura confianza en un futuro colectivo mucho más prometedor que el presente. Con frecuencia se les ha achacado una actitud en contra de lo establecido

15. Loubet del Bayle, J.-L., *Les Non-conformistes des années 30*. París, Le Seuil, 1969; Sirinelli, J.-F. y Ory, P., *Les intellectuels en France. De l'Affaire Dreyfus à nos jours*. París, Armand Colin, 1992; Sternhell, Z., *Niether Right nor Left: Fascist Ideology in France*. Berkeley, University of California Press, 1986.

16. Osuna, R., *Las revistas españolas entre dos Dictaduras 1931-1939*. Valencia, Pre-Textos, 1986; Giménez Caballero, E., *Memorias de un dictador*. Barcelona, Planeta, 1979.

17. Laín Entralgo, P., *Descargo de conciencia*. Barcelona, Seix-Barral, 1976.

excesivamente beligerante, no contrapesada con unas directrices políticas claras de aquello mismo hacia lo que aspiraban. También que esa misma falta de directrices redundó en una incapacidad para reaccionar ante los graves dilemas morales planteados en su tiempo, convirtiéndoles en presa fácil ante los radicalismos totalitarios planteados tanto a su izquierda como a su derecha¹⁸.

Al margen de lo justificado de esta crítica, lo cierto fue que esta generación joven, constituida por personas situadas por lo general entre los veinte y treinta años, se alejó de los referentes parlamentarios de sus mayores y con la cultura política que hasta entonces le había sido más próxima. Enmarcados en España en el mundo intelectual que representaba la *Revista de Occidente* y, más que otra figura, por la personalidad de José Ortega y Gasset, de quien en su gran mayoría fueron –o quisieron ser– sus hijos intelectuales, rompieron con su maestro en todo menos en su magisterio y en su diagnóstico de vertebrar España¹⁹.

La presencia en la España nacional, y poco después en el régimen franquista, de una representación numéricamente importante de esta joven generación intelectual no-conformista le proporcionó una cobertura intelectual de la que de otro modo ese régimen nunca hubiera podido tener, y que contrasta con el fuerte acento anti-intelectualista del que se nutrió la derecha nacionalista culturalmente renovada.

IV

Algunos autores han podido afirmar que fue ya durante los tres años de guerra civil cuando el régimen franquista alcanzó lo que serían sus perfiles definitivos²⁰; después vendría un larguísimo período de desarrollo que en rigor no le aportaron cambios sustanciales. De ahí a afirmar que en el franquismo, a pesar de sus 39 años de duración, no pasó nada, o nada verdaderamente reseñable (a menos que uno se dedique a estudiar la oposición al régimen) hay –o parece haberlo– tan sólo un pequeño paso. El franquismo –sin embargo– no fue tan monolítico y unilateral como a veces podemos pensar. La guerra afianzó la unidad de los nacionales en torno a Franco, excediendo esta unidad el minoritario ámbito de una *clique* política reducida, carente de resonancias sociales. Asimismo existe base para pensar en esa unidad de aspectos numantinos como algo propiciado –parcialmente al menos– por un clima cultural anterior que, en todo caso, la guerra no hizo sino magnificar en duración y en intensidad, cristalizando en la extensión –a todos los niveles y en todos los ámbitos de este lado de las trincheras– de un mismo discurso ultra-nacionalista dentro del cual tuvieron cabida unas sensibilidades ideológicas distintas entre sí.

18. Sternhell, Z., *op. cit.* 1986; White, D. S., *Lost Comrades. Socialists of the Front Generation, 1918-1945*. Cambridge, Harvard University Press, 1992; Burrin, P., *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery*. París, Seuil, 1988; Judt, T., *Past Imperfect*. Berkeley, University of California Press, 1992.

19. Laín Entralgo, P., «Notas marginales a un libro de Ortega», *Escorial*, 7, (mayo 1941), pp. 304-313.

20. Ferrando Badía, J., *El régimen de Franco. Un enfoque político-jurídico*. Madrid, Tecnos, 1984.

Esas divisorias de sensibilidades se nos muestran particularmente visibles –significativamente– entre aquellos miembros del nuevo *establishment* franquista que, en algún momento o en otro (y también de alguna manera u otra), tendieron a anteponer a la misma persona de Franco su fidelidad y servicio al régimen, llegando a considerarse a sí mismos la representación más activa y prometedora de su élite. Todo ello en razón de sentirse en posesión de un legado espiritual trascendente al que su condición de hombres de cultura –por lo menos de hombres de cultura nacional– les habría brindado acceso. En parecidos términos a como con anterioridad a 1936 una *intelligentsia*, entonces liberal y modernizadora, había hecho su entrada en escena en relación dialéctica con el mundo de los políticos profesionales, a partir de esa fecha una nueva *intelligentsia* franquista tratará de hacer lo propio en relación –esta vez– a los profesionales del sistema²¹. El hecho de que entre los miembros de aquella pretendida *intelligentsia* franquista se dibujara una clara línea divisoria –aunque no por ello carente de sinuosidades y permeabilidades– a la hora de diseñar los fundamentos doctrinales que habrían de dirigir la construcción del régimen –más aperturistas unos más integristas otros, abiertos a la corriente cultural modernizadora española unos y enquistados en la herencia ideológica contrarrevolucionaria otros– nos brinda espacio para hablar de la existencia en su seno de una izquierda y de una derecha en términos relativos.

A lo largo de la vida del franquismo (sobre todo durante sus primeros veinte años de vida) se produjeron numerosas ocasiones en las que pudo comprobarse las diferencias de actitudes –incluso de tradiciones– que separaban a sus minorías culturales. Sobre una similar interpretación unitarista –y de claras connotaciones estatistas– de la nación española, la derecha intelectual del régimen siguió preservándose gruesas líneas de continuidad con su cultura política de preguerra. En parecidos términos a los empleados por Raoul Girardet al describir los objetivos prevalentes en el nacionalismo maurrasiano²², se puede llegar a afirmar a este respecto que a estos sectores les movió, prioritariamente, el deseo de dar a la nación sus instituciones tradicionales adaptadas a las nuevas circunstancias. Ese fue el problema mayor que se plantearon, su preocupación decisiva, y de ahí el último sentido parapolítico –o simplemente político– de todas sus iniciativas. Desde un punto de vista cultural estricto, este sector de la *intelligentsia* franquista apenas pasó de dar expresión a una actitud preventiva. Apenas pretendió intervenir en la conciencia de los españoles más que en un sentido en último término negativo: evitando que rebrotasen los errores de la democracia y del liberalismo. Desde un punto de vista político trataron de reservar el acceso a los puestos claves del gobierno a gentes de confianza en lo personal y en lo doctrinal. En este sentido se podría afirmar que el suyo fue un nacionalismo tan anti-liberal como conservador.

El primer intento encaminado a poner en marcha un proyecto político-cultural de estas características se planteó durante la guerra por los hombres de *Acción Española*. A la altura de 1940 éste ya hacía algún tiempo que había desembocado en un completo fracaso. En primer lugar se había producido en su frente más propiamente cultural. Estuvo este hecho estrechamente unido a la definitiva derrota de Eugenio Vegas (que había

21. Es decir, y valga el juego verbal, en contraposición a los *nacionales franquistas* para distinguirlos de los *nacionales nacionalistas*.

22. Girardet, *op. cit.*, pp. 195-221.

contado con la colaboración directa de José Permartín y José Luis Escobar y en menor medida de José María Pemán y Pedro Sainz Rodríguez) en la lucha que había emprendido a mediados de septiembre de 1936 para hacerse con el control de la maquinaria oficial de propaganda de la zona nacional²³. La razón inmediata de este fracaso estuvo en conexión con la imparable ascensión política de Ramón Serrano Súñer a partir del mes de marzo de 1937. En el frente político el descalabro fue todavía más acusado. Completamente marginados de los ámbitos de tomas de decisión, incapaces de contrarrestar el fuerte empuje de Serrano, privados de medios materiales y humanos de acceso a Franco, trataron en algún momento de desempolvar viejas prácticas conspiratorias (o, mejor, pseudo-conspiratorias), cultivando para ello a algunos mandos militares²⁴. Todo fue inútil. El complejo entramado de factores ideológicos, circunstanciales, y de intereses de variada naturaleza en los que había descansado la autoridad doctrinal de este grupo en tiempos de la República había ido ya a parar a manos de Franco.

Un segundo intento en esta misma dirección comenzaría a fraguarse a finales de 1947 de la mano de Rafael Calvo Serer. Sus puntos de enlace con el fracasado proyecto monárquico-tradicionalista en los albores del régimen resultan bastante claros. Al menos así lo fue en la mente de Calvo, que no dudaría jamás en considerarse él mismo heredero directo de *Acción Española*²⁵. Sus móviles y sus razonamientos fueron de hecho prácticamente idénticos a los que en septiembre de 1936 habían lanzado a Eugenio Vegas a intentar hacerse con la orientación político-doctrinal de la retaguardia. La diferencia estribó en que Calvo Serer trataría de ensayar una estrategia más adecuada al cambio de circunstancias que la guerra había producido en el panorama nacional. El proyecto que este catedrático de Historia de la Filosofía diseñó incluía también unos propósitos esencialmente políticos. No trataba de alterar en lo más mínimo el clima ideológico y doctrinal impuesto en España a raíz de la guerra —que él mismo consideraba a buen resguardo, siempre y cuando la Iglesia católica española siguiera manteniendo su primacía en materia doctrinal y educativa— sino, más bien, de aprovechar de una vez por todas sus fecundas potencialidades políticas, ya plenamente trazadas en el pensamiento político católico-tradicional.

A juicio de Calvo, lo que explicaba que hasta el momento el régimen no hubiese aún concluido su construcción política e institucional interna no había de buscarse en el orden doctrinal. En ese punto, después del magisterio de Menéndez y Pelayo y de las enseñanzas de *Acción Española*, había quedado perfectamente clara cuál era la única ortodoxia viable tanto en lo intelectual y en lo político-doctrinal en la *única España posible*: una España fecundada por el catolicismo. El problema de España, a la altura de 1947, era, así pues, un problema básicamente político. El estallido de la IIª Guerra Mundial combinado al ascenso político de Serrano había supuesto —a su juicio— la llegada a puestos de responsabilidades del Estado de gentes nutridas de unas concepciones nacionales muy dudosas²⁶.

23. Ferrary, *op. cit.*, pp. 52-68.

24. Vegas Latapié, E., *Los caminos del desengaño*. Madrid, Tebas, 1987, pp. 143 y ss.

25. Calvo Serer, R., «Una nueva generación española», *Arbor*, (noviembre-diciembre 1947), pp. 333-336.

26. Ferrary, *op. cit.*, pp. 269-273.

Las propuestas *rectificadoras* de Calvo se plantearon inicialmente en el plano cultural pero sus móviles fueron siempre políticos. Sus primeros pasos consistieron en la constitución de un frente cultural con el que dar cobertura y solvencia a sus ideas. La revista *Arbor*, administrativamente enmarcada en el seno de CSIC, se convirtió, durante el período 1947-1953, en el centro neurálgico de sus actividades, y en el lugar donde preferentemente cuajaron la mayoría de sus más directos colaboradores –Florentino Pérez Embid, Angel López Amo, Juan José López Ibor...– todos muy jóvenes. De esta revista surgió otra de sus iniciativas más queridas: la Biblioteca de Pensamiento Actual²⁷.

A primera vista no deja de llamar la atención el aparente contraste existente entre la pobreza de medios con los que contaba Calvo Serer (unos cuantos órganos de difusión cultural de reducida tirada y un pequeño plantel de redactores compuesto por jóvenes universitarios privados de toda experiencia política) y lo ambicioso de sus objetivos últimos (limitar el acceso a los puestos de responsabilidad del Estado a gentes dotadas de la suficiente solvencia intelectual y doctrinal). Para resolver esa capital cuestión contaba con un recurso de potencialidades nada desestimables dada la especial coyuntura cultural e ideológica existente en aquellos años: alimentar mediante un discurso cargado de connotaciones políticas los reflejos defensivos presentes en el catolicismo español de entonces. El enemigo a batir fue la Falange o, más propiamente, su más significado sector intelectual de la guerra y de la inmediata post-guerra.

En el pensamiento tradicional hallaba Calvo –y quienes le secundaron– una vía de conciliación entre la necesariamente defendible independencia del cristiano ante toda instancia moral exterior y la defensa de un orden político específico e intrínsecamente nacional. Esta certidumbre –que, sin embargo, desconocía que esa independencia moral quedaba incompleta si no se le aseguraba a su vez la libertad de juicio personal– fue común entre los católicos de entonces. En parte esto posiblemente explica (por lo menos lo fue hasta la celebración de concilio Vaticano II) que la inspiración cristiana en la vida pública apareciera casi inevitablemente cargada de resonancias contrarrevolucionarias. Así lo fue entre muchos mauristas, también en Vegas y sus socios de *Acción Española* o de la misma CEDA, no otra cosa distinta podemos decir de los mismos escritos de García Morente a raíz de su conversión, tampoco dista de ello el comportamiento seguido por los colaboradores de Calvo, no pocos de ellos –como el propio Calvo– miembros del Opus Dei.

Hemos citado a Raoul Girardet al referirnos a un importante sector de la *intelligentsia* franquista, aquél que presentábamos como expresión de su derecha, de un nacionalismo preventivo, de carácter conservador y en el que –en paralelo a lo que el mencionado autor francés decía acerca de Charles Maurras– eran visibles unas aristas prioritariamente políticas. Junto a este sector, ya desde los primeros momentos de la vida del régimen, es también perceptible un sector antagónico situado a su izquierda (izquierda no sólo como un simple reflejo verbal). Las resonancias maurrasianas patentes en el primero da en ocasiones la impresión de adoptar en el segundo un perfil barresiano²⁸. Imbuidos también de una común concepción unitarista de la nación española, tendieron sin embargo a interpretarla más en términos morales que estrictamente políticos. El ins-

27. *Ibíd.*, 277-279.

28. Girardet, *op. cit.*, 216-222.

trumento de regeneración nacional no se identificó con la restauración de un entramado de instituciones identificadas con los intereses permanentes de la nación española y aseguradoras de su permanencia. Lo que España necesitaba –pensaban– era toda una profunda transformación de conciencia colectiva: una nueva energía, un *élan*, un nuevo modo de querer vivir nacionalmente. A diferencia del prioritario contenido político en el que se resumía el nacionalismo conservador de la derecha, las palabras claves de ese otro discurso nacionalista, profundamente transformador, se formularon en el terreno moral y educativo, fijándose como objetivo prioritario la regeneración moral de la nación.

Esa diferente actitud es la que se nos aparece en conexión con la corriente inconformista de los años 30. Marca el horizonte espiritual con el que se identificó la llamada generación del 36 y explica su tendencia hacia la radicalidad así como –en último extremo– su misma naturaleza de *generación astillada*. Quienes de entre ellos en algún momento u otro se decidieron a militar en el bando rebelde, enseguida vieron en la Falange el cauce idóneo donde expresar sus ansias de regeneración nacional. En su seno representaron a su sector intelectual, dando así cierta credibilidad a las acusaciones de izquierdismo y de *institucionismo* ocasionalmente lanzadas contra los intelectuales falangistas –más que contra el movimiento propiamente dicho– por parte de los sectores más conservadores del franquismo. En realidad siempre fueron falangistas atípicos, en poco asimilables a lo que ésta había significado en la pre-guerra. Esto último explica que, durante los primeros años del régimen, sus figuras claves –Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo...– incluso puedan llegar ser considerados como los hombres de Serrano Súñer más que de la Falange.

El Serrano Súñer de aquellos años iniciales del franquismo apenas se parece demasiado a la imagen que de sí mismo nos ha legado en sus memorias y en sus frecuentes relatos auto-biográficos. El clima bélico, el ambiente internacional imperante, los trágicos reveses personales y familiares que tuvo que soportar durante los meses de cautiverio en Madrid... seguramente pasaron su factura. La integración de las dos Españas en una nueva síntesis superadora –que él y sus más directos colaboradores identificaron con la aplicación en España de las nuevas recetas totalitarias europeas– se convirtió en su principal objetivo una vez convertido –en marzo de 1937– en el verdadero hombre fuerte de la retaguardia. El equipo que más activamente le secundó fue pequeño en número, pero tuvo en sus manos el monopolio casi exclusivo de los resortes estatales de control de la opinión y de propaganda. Estuvo formado –como ya hemos indicado– por una intelectualidad joven, de un reciente falangismo y de una unánime herencia cultural liberal: Pedro Laín Entralgo (posiblemente su figura intelectualmente más valiosa), Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales o Gonzalo Torrente Ballester entre otros. La suerte de este proyecto fue siempre en paralelo a la estrella política de Serrano Súñer. El revés que sufrió en mayo de 1941 y su definitiva defenestración en septiembre de 1942 determinó su fracaso final²⁹.

A partir de 1942 no pudo volverse a hablar durante varios años de la existencia entre las minorías franquista de algún sector que con justicia mereciera el calificativo de *intelligentsia* y, aún menos, de izquierdista (en el sentido que estamos dando a este término). Los primeros atisbos de reconstrucción de ámbitos estrictamente culturales dentro del

29. Ferrary, *op. cit.*, 163-172.

marco oficial del régimen, y de concederles cierto margen de operatividad, no se produjeron hasta 1947, coincidiendo con la meteórica entrada en escena de Rafael Calvo Serer y su pretendida generación reactualizadora de *Acción Española* (que el mismo Calvo denominó *generación de 1947*³⁰). El proyecto vino de la mano de Joaquín Ruiz Giménez y de Alfredo Sánchez Bella. Posiblemente lo hemos de poner en relación con la operación diseñada en 1945 por Angel Herrera Oria, cuya vuelta a la vida española se había formalizado un año antes³¹. El nervio de la aludida operación –que no en vano coincide con llegada de los católicos oficiales al Gobierno en 1945– consistía en consumir definitivamente la *normalización* política del régimen, dentro –claro estaba– de los rígidos esquemas orgánicos-corporativistas entonces preponderantes en el seno del catolicismo español. Parte sustancial de esta operación consistió en comprometer también a los representantes de la izquierda intelectual del Movimiento en un régimen de unidad nacional fundamentado en la *unión de los católicos* (que la misma Santa Sede había encargado a Herrera que organizara). El declarado sentimiento católico explícito –de un catolicismo distinto, *personalmente vivido*³², como declararía Laín para desmarcarse también en este plano de una derecha nacionalista muy clericalizada– con el que ese sector había tratado de justificar el talante humanamente comprensivo de su integradoras concepciones nacionales parecía poder garantizar su participación en ese nuevo proyecto de unidad (a pesar del reciente pasado falangista radical del que había hecho gala este grupo durante los primeros años del régimen).

Los resultados de esta ambiciosa operación son de todos conocidos. La casi inmediata polémica que enfrentó a los herederos intelectuales de *Acción Española* –que, por entonces, comenzaron a ser conocidos como *menéndez-pelayistas* o, más precisamente, *westfalianos*– y los renovadores filo-falangistas del pensamiento nacional –que asumieron en ocasiones para sí el apelativo de orteguianos– no tardó en producirse. Quedaba demostrado con ello la imposibilidad de conciliar dos concepciones nacionales que resultaban radicalmente incompatibles tanto en sus premisas de partida como en sus sensibilidades más básicas. Pero lo que a lo largo de 1948 –y sobre todo de 1949– no pasó de ser una polémica culturalista muy restringida a un reducido grupo de iniciados, a raíz de la remodelación ministerial del mes de julio de 1951, empezó a adquirir unos repercusiones mucho más graves.

Para ocupar la cartera de Educación –entonces de Educación Nacional– del nuevo gobierno se designaba a la persona de Joaquín Ruiz Giménez. Con él accedían a algunos puestos claves conocidos aperturistas: a Pedro Laín se le nombraba rector de la Universidad de Madrid mientras que a Antonio Tovar se le situaba al frente del rectorado de Salamanca. El apoyo directo que desde el ministerio se prestó a algunas revistas juveniles falangistas –en particular a la revista *Alcalá* (en cuyas páginas aparecieron algunas colaboraciones firmadas por el mismo ministro)–, caracterizadas por las frecuentes críticas lanzadas a los sectores conservadores del régimen y a quienes estaban tratando de aparecer como sus portavoces intelectuales, no hizo sino encender aún más una polémica que cada vez iba alcanzando unos tonos más ásperos.

30. Calvo Serer, R., «Del 98 a nuestro tiempo. Valor de contraste de una generación», *Arbor*, 37 (enero 1949), pp. 1-34.

31. Redondo, G., prólogo a Ferrary, *op. cit.* pp. 13-19.

32. Laín Entralgo, P., *España como problema*. Madrid, Aguilar, 1962, pp. 673-674.

La gota que culminó el vaso se produjo en relación al homenaje que se proyectaba rendir –en octubre de 1953– a la figura de Don Miguel de Unamuno en el marco de los actos patrocinados por el Ministerio para celebrar el séptimo centenario de la fundación de la Universidad de Salamanca. En esta ocasión –sin embargo– la reacción más airada no procedió de Calvo Serer y su grupo sino de de la jerarquía eclesiástica. El 19 de septiembre, Antonio Pildain, obispo de Las Palmas, sacaba a la luz una durísima pastoral contra la figura del antiguo rector de Salamanca al que llamaba *hereje máximo y maestro de herejías*. Pocos días después –el 26– Antonio Tovar, saliendo al paso de tales acusaciones, reeditaba el mensaje a las universidades y academias del mundo entero que, con ocasión del estallido de la guerra civil, hacía en aquellas mismas fechas 17 años, Unamuno había hecho publicar y en el que se identificaba con el bando nacional en nombre de *nuestra civilización cristiana de Occidente*. Finalmente fue el mismo primado, Enrique Plá y Deniel, quien se decidía a tomar la iniciativa y concertaba directamente con Ruiz Giménez una entrevista que supuso la práctica paralización del homenaje previsto. El conflicto suscitado entre las autoridades del ministerio y la jerarquía fue lo que movió a Calvo Serer a lanzar una última ofensiva contra quienes, a su juicio, estaban intentando apartar al régimen de sus caminos naturales. En la actitud cada vez más crítica de la jerarquía hacia la política cultural y educativa del Ministerio creyó encontrar el aliado más eficaz para influir en el ánimo de Franco. Movido por este fin, se decidió a publicar en el número del mes de septiembre de la revista francesa *Écrits de Paris* un demoledor artículo en el que denunciaba las nefastas consecuencias que –según decía– al régimen había acarreado no haber sabido reconocer a sus auténticas minorías. Pero Calvo no se detenía en la mera denuncia. Daba un paso más, llegando a presentarse él mismo y a sus colaboradores como la única alternativa capaz de mantener vivos *los ideales que hicieron posible el 18 de julio*.

Los efectos de esta intervención no fueron los esperados. En vez de su triunfo, la marejada interna que provocó Calvo con su artículo selló su propio fracaso e incluso en último término la desarticulación de su equipo. Franco no era ciertamente una persona que tolerase las críticas abiertas a su dirección, menos aún que éstas se aireasen en la prensa extranjera. Además, con su artículo de septiembre, Calvo había soliviantado a la Falange, que se sintió víctima de una conjura diseñada por uno de los grupos más conservadores del régimen –que identificó con lo que por entonces empezó a denominarse el sector *opusdeísta*– destinada a eliminarla. El equipo del Ministerio tampoco salió indemne de estos sucesos. Una vez decidida la jerarquía eclesiástica a tomar cartas sobre el asunto, la política cultural aperturista de Ruiz Giménez y sus hombres podía darse por liquidada, por mucho que éste permaneciese en su puesto hasta 1956.

Pero si el año 1956 debe ser recordado como una fecha clave en la historia del franquismo no es principalmente a causa de los hechos que acabamos de narrar. 1956 representa la primera manifestación clara de un fenómeno que desde entonces se convertirá en una constante: la ruptura creciente de un sector de la juventud española –en particular la juventud universitaria– con el régimen y con sus valores oficiales. En 1956 una nueva generación de españoles que no habían hecho la guerra alcanza la *mayoría de edad*. La polémica sobre el ser de España que tantas pasiones venía despertando desde finales de siglo dejaba de tener sentido para ella. Y con esto también los valores culturales en los que el discurso oficial franquista había encontrado su fuente de inspiración. A partir de entonces el franquismo experimentará un creciente proceso de envejecimiento que hará que no sólo se convierta en una realidad difícilmente aceptable por las nuevas promociones de españoles, sino incluso también en algo apenas comprensible para ellas.